

NACIONALISMO E HISTORIOGRAFÍA EN CATALUÑA

Tres propuestas en debate

PERE ANGUERA

Fuente:

Nacionalismo e Historia. Carlos Forcadell (ED.)
Institución "Fernando el Católico",
Excma. Diputac. de Zaragoza.
1998

Biblioteca Virtual

Omegalfa

2013



ESTE artículo recoge los principales aspectos que expuse en mi conferencia del mismo título el 18 de marzo de 1997 en el ciclo organizado por la Institución «Fernando el Católico» y el departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza. No constituye ni una transcripción literal ni una simple transposición del estilo oral adaptada al escrito científico. He preferido orillar aquellos aspectos más conocidos o más cercanos a la discusión momentánea para centrar mi atención a aquellos otros más desconocidos y que parecieron merecer una mayor atención de los asistentes a la conferencia, provocando las intervenciones en el debate subsiguiente. Para ello me he limitado a reconstruir los apartados dedicados a la percepción de los catalanes como comunidad diferenciada dentro del conjunto español y a su sentimiento de pertenencia colectiva en las primeras décadas de la edad contemporánea, a la aparición y primeras prácticas de una historiografía de cariz moderno y reivindicativo y a la formulación de los referentes míticos en la oratoria y la literatura catalana contemporánea. Esta opción significa una mutilación parcial de la versión oral de este texto, que creo queda compensada con creces por la mayor atención a aspectos que considero más novedosos en su planteamiento y por la información que contienen.

Creo que sólo cabe hablar de nacionalismo catalán, y por lo tanto de su aparición y del lugar que ocupa en la historiografía y ciencias similares, de manera paralela a la aparición del español, surgiendo ambos con una cronología similar y que, en cualquier ca-

so, el español es previo al catalán. Este fenómeno no aparece hasta la difusión de las ideas nacionalistas surgidas del entorno de la revolución francesa,¹ aunque sea innegable que desde mucho antes había una clara conciencia de comunidad diferenciada entre los catalanes, pero esta conciencia, sin caer ni en los anacronismos ni en las ucronías, no puede ser calificada como nacionalista. El nacionalismo catalán, la idea nacionalista catalana, surge con posterioridad al momento en que se acepta ser una parte integrante de un ente político superior: España. El nacionalismo catalán aparece, con fuerza y con una voluntad distinta en la reivindicación de la personalidad propia, al constatar el tratamiento desigual que se recibe por parte de los poderes del estado surgido de la voluntad centralista y uniformadora y tendente a la confusión de Castilla y lo castellano con lo español, que conlleva básicamente el afán de liquidación de la lengua catalana, la supresión de sus símbolos y el aniquilamiento del derecho civil. La historia ocupó un lugar central en la lucha para recomponer y dignificar la reivindicación de la propia personalidad, en un protagonismo derivado de su utilidad como ciencia informada y razonada, en teoría irrefutable, que describía las grandezas pasadas, tanto las bélicas como las jurídicas. Para que esta historia fuera útil convenía limpiarla de fábulas y mitos, sin que se prescindiera de poner énfasis en aquellas anécdotas que ejemplificaban con mayor contundencia la interpretación propuesta. A la vez, la historia científica y no romántica servía para suministrar arquetipos del pasado como ilustración y ejemplo del presente. No era éste un afán estrictamente catalán: con el mismo o superior ímpetu actividades similares se realizaron en toda Europa, con España, la España gubernamental y unitarista, ocupando un lugar destacado.²

¹ Remito, por ejemplo, a las informadas páginas de J. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, “España, monarquía y nación. Cuatro concepciones de la comunidad política española entre el Antiguo Régimen y la Revolución liberal”, *Historia Contemporánea*, 12, 1994, pp. 45-74.

² P. CIRUJANO, T. ELORRIAGA, J.S. PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y nacionalismo español. 1834-1868*, CSIC, Madrid, 1985.

I. Los sentimientos: entre España y Cataluña

Antes de plantear desde cuándo los catalanes tomaron conciencia de formar una colectividad diferenciada dentro del Estado español y del papel que la historiografía jugó en ello, conviene establecer en qué momento empezaron los catalanes a sentirse españoles en el moderno sentido de la palabra, ya que durante los Austrias y los primeros Borbones es evidente que lo que unía a sus súbditos no era una conciencia nacional o de estado, sino el de pertenencia a una monarquía determinada, frente a otros que eran súbditos de otros reyes. En 1775, Henry Swinburne veía a los catalanes como gente de “espíritu violento” con un “entusiasmo apasionado por la libertad”, por cuyo motivo habían protagonizado el “mayor número de insurrecciones que ningún otro lugar de Europa”. Swinburne, que ni era catalán ni romántico, veía la guerra de Sucesión como la más enérgica lucha sostenida por los catalanes “para romper sus cadenas y convertirse en una nación libre”.³ Parece fácil deducir de esta cita que la mayoría de la población, incluso la culta, que era la que suministraba información y opinión al viajero inglés, mantuvo a la largo del siglo XVIII un importante sentimiento de identificación colectivo. Casi veinte años más tarde, el corresponsal en Barcelona del *Moniteur* escribía en febrero de 1793: “la libertad ha dejado grandes recuerdos en aquella comarca [Cataluña]; y la guerra, si la corte de España entrase en la liga de las naciones, no dejaría de promover en Cataluña sentimientos contrarios a los del gobierno de Madrid”.⁴ Seguramente, la segunda parte de la afirmación es falsa en su contundencia, más aún en sus augurios, pero la fragilidad del sentimiento español en Cataluña parece cierta. A. de Laborde, que a principios del XIX viajó por España en misión de inteligencia, sostenía que los catalanes

³ G. RIBBANS, *Catalunya i València vistes pels viatgers anglesos del segle XVIIIè*, Garsineu, Bar- celona-Tremp, 1993, pp. 32 y 34.

⁴ Citado por M. DELS S. OLIVER, *Catalunya en temps de la revolució francesa*, Societat Catalana d’Edicions, Barcelona, 1917, pp. 166-167.

tenían “une idée d’indépendance qui s’est perpétuée pendant long temps, et qui dégénéra enfin en un esprit républicain”, que cada uno de ellos “souponne toujours après une liberté, ou plutôt une indépendance, à laquelle il tenta souvent de parvenir (...). Le Catalan a un orgueil national”, por el cual “il entretient dans leur cœur une aversion invincible pour la nation qui les subjugué”.⁵

El general napoleónico Foy sostenía poco después que “Cataluña es menos una provincia de España que un pequeño estado sometido al cetro de los monarcas católicos (...). En ningún otro lugar de la península, se tiene tanta sed de libertad y de independencia”.⁶ Aún para Richard Ford en 1845, “los catalanes no son ni franceses ni españoles (...), son un resto de Celtiberia y suspiran por su independencia perdida; y no hay provincia del mal unido manojos que constituye la monarquía convencional de España que cuelgue menos firmemente de la Corona que Cataluña, esta región clásica de la revuelta, siempre dispuesta a emprender el vuelo”.⁷

Un personaje tan alejado de cualquier sentimiento o debilidad filocatalana como el pintoresco canónigo Escoiquiz podía escribir en 1814: “aunque ha pasado ya un siglo, desde la guerra de Sucesión de Felipe V, el rencor de las provincias de Aragón, Cataluña y Valencia contra su casa (...) no se ha calmado verdaderamente hasta la época de Fernando (...). Las esperanzas de felicidad que les auguraba el carácter del nuevo rey, han sido únicamente capaces de reunirlos con sinceridad, a los otros españoles, y de apagar su antiguo rencor contra la casa reinante. Hasta esta época no les ha faltado más que una ocasión favorable para romper”.⁸ Valora-

⁵ A. de LABORDE, *Itinéraire descriptif de l’Espagne*, 3.^a ed., París, 1827, II, pp. 183-190.

⁶ Citado por F. SOLDEVILA, *Història de Catalunya*, Alpha, Barcelona 1963, p. 1281. Véanse múltiples testimonios coincidentes en M. REMISA, *Els catalans i el domini napoleònic*, Barcelona, 1995, pp. 360, 361, 369, 371, 492, entre otras.

⁷ R. FORD, *Manual para viajeros por Cataluña y lectores en casa*, Turner, Madrid 1983, p. 11. Afirmaciones parecidas, p. 17.

⁸ ESCOQUIZ, *Idea sencilla de las razones que motivaron el viaje del rey*

ciones insostenibles sobre la entidad moral de Fernando VII al margen, el testimonio parece irrecusable. *Fue en la guerra anti-napoleónica cuando empezó a cuajar el sentimiento de españolidad entre los catalanes*, al sentir unidos por vez primera sus afectos y compartidos sus enemigos con el resto de la monarquía.⁹ En cambio, para Tomás Bertran Soler, en 1847, “el carácter de los catalanes es naturalmente pacífico y entusiasta de la libertad. Todos tienden a la independencia y sólo la necesidad o el miedo de experimentar mayores perjuicios les indujo a sufrir el yugo extraño. La Cataluña se halla en la misma posición que los irlandeses, pero sin duda el restablecimiento del sistema constitucional había hecho desvanecer los gratos recuerdos de independencia y nacionalidad sin la presencia de otras causas que no podemos ni pretendemos analizar”.¹⁰

El cambio en la percepción y en la sensibilidad catalanas no supuso una inversión similar en las españolas, o más concretamente en la castellana. Ramón de Mesonero Romanos no podía evitar al concluir un viaje a Barcelona en 1833, denunciar “al espíritu de provincia, que en Cataluña se echa de ver más que en ninguna parte”, un espíritu que “choca sobremanera al forastero, y sobre todo al español que se encuentra mirado como extranjero”.¹¹ Si

don Fernando VII a Bayona en el mes de abril de 1808, dada al público de España y de Europa, Barcelona, 1814, p.s.n.

⁹ El inicio del sentimiento de pertenencia española en estos años, a partir lógicamente de otros razonamientos, lo sostienen también A. de BOFARULL, “Furs. Article pera’ls catalans”, *Calendari Catalá*. 1876, Barcelona, p. 30, y más recientemente J. FONTANA, *La fi de l’Antic Règim i la industrialització*, Edicions 62, Barcelona, 1988, pp. 146 y 455.

¹⁰ Itinerario descriptivo de Cataluña, Barcelona, 1847, p. 138. Para la identificación posterior de Cataluña-Irlanda, X. M. NÚÑEZ SEIXAS, “El mito del nacionalismo irlandés y su influencia en los nacionalismos gallego, vasco y catalán (1880-1936)”, *Spagna contemporanea*, 2 (1992), pp. 25-58, y J. LLORENS, *Catalanisme i moviments nacionalistes contemporanis (1885-1901)*. Missatges a Irlanda, Creta i Finlàndia, Barcelona, 1988.

¹¹ Citado por J. N. OLLE ROMEU, *Les bullangues de Barcelona durant la primera guerra carlina (1835-1837)*, *El Mèdol*, Tarragona, 1993, I, p. 23.

Mesonero se sentía como un extraño en Cataluña, sensación a la que contribuía el hecho de que no entendiera el catalán, la percepción unida al malestar por seguir sin entender la lengua era compartida por la mayoría de funcionarios de todos los niveles que venían aquí destinados. En realidad, la visión de una Cataluña diferenciada y con posibilidades secesionistas era más generalizada entre los no catalanes, que veían más aquello que temían que no lo que realmente sentía la gente del país. Sólo así se entienden las continuas acusaciones de un persistente espíritu independentista a lo largo de los tensos y conflictivos años de la primera guerra carlista, que sin duda existía, pero que era en extremo minoritario y que apenas podía tener posibilidades de emerger a la superficie.¹² A pesar de ello, las denuncias de políticos y publicistas españoles son numerosas. Así, Evaristo San Miguel se refería al “espíritu de independencia que les hace mirar con desvío todo lo que es extraño a su provincia” o podía sostener que “desde su incorporación en la Corona de Castilla dio siempre muestras de la impaciencia con que sufría las leyes de los que la gobernaban de tan lejos”.¹³ O para los anónimos redactores de una crónica esparterista, los catalanes eran “de todos los españoles los adoradores más ciegos de su independencia”.¹⁴ Para Madoz, las constantes revueltas históricas catalanas se debían a la resistencia a verse privados de su libertad, mientras los gobiernos querían imponer “su yugo a un pueblo libre”, cuando un sistema más temperado habría facilitado una incorporación española más temprana de Cataluña: “los habitantes de Cataluña se hubieran gozado, como en el día se gozan, en llevar el nombre de españoles”.¹⁵

Por los mismos años, la primera revista en catalán y con plena

¹² P. ANGUERA, “La percepció de la catalanitat en els liberals i els carlins durant la guerra dels Set Anys”, *Le discours sur la nation en Catalogne aux XIXe et XXe siècles*, Éditions Hispaniques, París, 1996, pp. 189-209.

¹³ E. SAN MIGUEL, *De la guerra de España*, Madrid, 1836, pp. 49-50.

¹⁴ *Panorama español. Crónica contemporánea*, IV, p. 70.

¹⁵ P. MADDOZ, *Artículos sobre el Principat de Catalunya*, Curial, Barcelona, 1985, I, p. 143, s.v., Barcelona.

conciencia cultural reivindicativa, *Lo Verdader Catalá*, se proclamaba inequívocamente española, pero a la vez con una clara conciencia catalana: “som espanyols, se dirá: es molt cert, però la circumstancia de ser espanyols no priva que siam verdaders catalans. Espanya es la nostra nació; però Catalunya es la nostra Patria”.¹⁶

En realidad, una lectura precipitada de los textos y de la percepción a lo largo del siglo XIX induce a una confusión del universo mental catalán. Hay una superada reticencia a la *españolidad*, que coexiste con un vivo *odio hacia Castilla y lo castellano*, nacido del afán uniformista y homogeneizador de los gobernantes que tienden de manera irremisible a unificar en un solo sentimiento lo español y lo castellano. La reiteración en manifestar el odio a Castilla tenía su contrapunto en el deseo constante de sentar plaza de *buen español*, como lo manifestaron las enardecidas proclamas durante la guerra de África o en los triviales episodios que culminaron con la batalla del Callao. El secretario de los primeros Jocs Florals, restaurados en 1859, Antoni de Bofarull, aprovechó su parlamento protocolario para recomendar: “fixe los ulls qui tinga amor de patria en nostra Espanya” y quien lo hiciera quedaría convencido de la verdad “de que la nació actual sab y vol ésser una are y sempre, á pesar de ser distints los recorts y costums de cada èxtrem”, con una voluntad de unión perenne en la que era la posible “remóurer la memoria de las nacionalitats antigas”, recuerdos que ya no generaban ningún riesgo de “perjudicar á la present”. Como se puede observar, Bofarull exponía en el epicentro del catalanismo literario su propuesta programática: recuerdo y exaltación del glorioso pasado catalán compatible con la indiscutible españolidad de su presente: “nó perque Espanya sia formada de diversas nacions en lo antich ha de espantar que cada una de eixas recorde lo sèu”.¹⁷

¹⁶ J. M. DE CASACUBERTA, “Lo Verdader Catalá” primer organ periódic de la Renaixença, Barcino, Barcelona, 1956, p. 87. Otras citas con acertados comentarios, id., pp. 84-91.

¹⁷ A. de BOFARULL, “Memoria”, Jochs Florals. 1859, pp. 30-33. En senti-

En la misma línea se manifestó el presidente del consistorio de 1861, Lluís G. de Pons i de Fuster: “som espanyols, sí, som espanyols; ho som ab orgull, ho som de bon cor, y de bon cor y ab orgull ho serém fins al darrer suspir, fins al últim sacrifici. Mès també som catalans, volem serho, nos gloriám de serho, no podem deixar de serho, ja que catalá fou lo bressol que’ns gronxaba (...) y catalanas són nostras afeccions, nostra llengua, y nostra historia. Som espanyols pera servir al Estat, y saber morir, cuant convé per la Reyna y sa bandera (...) y som catalans pera no deixar morir jamay la memoria dels ínclits barons que de prop y de lluny” donde de nuevo daba a entender que España era el futuro y Cataluña el pasado. Pons justificaba la catalanidad por la españolidad latente: “¿sabrà interessarse may per la nació qui fa mofa y escarni del amor á la provincia (...)? Al contrari; qui sab servir á la provincia, sab servir á la nació; qui honra á la una, honra á l’altra”.¹⁸ En el mismo sentido y desde el mismo sitio en 1863 Eusebi Pasqual defendía los Juegos Florales y sus promotores, “motejats y escarnits” como “visionaris “o mal fills de la mare Espanya” con referencias históricas que demostraban el españolismo de los catalanes, como su actuación en el Bruc, una historia olvidada per los publicistas no catalanes. Según Pasqual, “nosaltres mes que ningú volem l’unitat, pero volem l’unitat dels cors; volem á tots los pobles lligats por llasos de amor, jamay per cadenas de ferro (...). Que nosaltres no volem la unitat nacional, ¡sembla impossible que semblant blasfemia surti de boca de qui conegui l’historia de la nacionalitat catalana!”. Su afirmación última la justificaba con la participación catalana en la batalla de las Navas de Tolosa o el Compromiso de Caspe.¹⁹ Podría multiplicar las citas pero me limitaré a dos. En 1866 era Pau Valls quien sostenía: “consentim espontáneament y fins ab gust que Espanya tinga una sola exis-

do similar F. PERMANYER, “Discurs”, Jochs Florals. 1860, p. 28, donde lamenta “si encara algu nos mirás ab gelosa desconfiansa ó posás en dup-te si som bons espanyols al veuernos tan amants de las cosas catalanas”.

¹⁸ “Discurs”, Jochs Florals. 1861, pp. 25-28.

¹⁹ E. PASQUAL, “Memoria”, Jochs Florals, 1863, pp. 23-25.

tencia, una sola fe, y un sol Rey, que obehesca y fassi cumplir una sola lley”, pero sin renunciar a que “per ser bons espanyols voleu y debeu ser bons catalans”.²⁰ Y Víctor Balaguer, en 1868, recordaba a sus oyentes que en Cataluña el españolismo era muy vivo, a pesar de las acusaciones de secesionismo contra los promotores y simpatizantes de la restauración de los Juegos Florales. Según Balaguer, “aquells que axís nos atacan creuhen que nosaltres no som espanyols. Ho som de cor; ho som de veras. Pus qué, sols en llengua castellana se pot cridar *Viva Espanya?*”.²¹ Así, pues, en el planteamiento de fidelidades tardorrománticas la duda entre la española y la catalana se solucionaba subordinando la segunda a la primera.

II. La reivindicación de un imaginario

En Cataluña, a lo largo del XIX, la construcción del imaginario con componentes míticos que facilite y se alimente de referentes históricos aprovechables en los discursos de agitación política partidista o genérica, en las composiciones literarias o en las que se redactan con una clara voluntad de vertebración de colectividad oscilan de manera permanente entre el *mito catalán* y el *español*. La construcción de los referentes míticos a partir de episodios o personajes españoles, y aquí es obvio que español equivale a los vinculados al pasado de Castilla y León, era favorecida por la cultura oficial, la retórica y la épica del poder, los contenidos educativos y la bibliografía asequible, sobre todo la historiográfica, pero también la literaria. La fundamentada en el pasado histórico o legendario catalán debía superar en su génesis, y sobre todo en su difusión, la ausencia de una estructura de poder propia capaz de generar una retórica política autóctona, el peso de los esquemas culturales transmitidos por la enseñanza, de manera especial a partir de la ley Moyano, y la falta de ediciones divulgativas del pasado que generaban su desconocimiento por los hipotéticos

²⁰ P. VALLS, “Discurs”, Jochs Florals, 1866, p. 19.

²¹ V. BALAGUER, “Discurs”, Jochs Florals, 1868, p. 32.

formuladores y sus destinatarios.²² A pesar de todas estas limitaciones, el conocimiento del pasado propio en los sectores cultos debía ser más amplio y riguroso de lo que se podría suponer en un principio, si se tiene en cuenta la falta de canales normalizados y académicos de transmisión de conocimientos. Un testimonio poco sospechoso de catalanidad, tradujo al castellano su apellido, el valenciano Jaime Villanueva, remarcaba cómo todas las bibliotecas catalanas disponían de un ejemplar de la *Marca Hispanica*, de P. de Marca. La posesión masiva de la obra erudita del obispo francés era vista por Villanueva como la “prueba evidente de la loable codicia de estos naturales por saber las antiguallas civiles y eclesiásticas de su patria”.²³

Otros testimonios lo confirman. El 1845, los redactores de una crónica liberal al trazar el retrato anímico de los catalanes, con más voluntad sociopolítica que historiográfica, observaban: “tampoco debe pasarse por alto que los catalanes se alimentan tal vez demasiado de sus recuerdos históricos, y que entre ellos las simpatías y los odios se hacen casi siempre hereditarios. Jamás olvidarán aquellos gloriosos días de su independencia en que fueron a la conquista del Archipiélago y gobernados por el belicoso Berenguer, que hablaba como señor a los reyes vecinos y trataba como de igual a igual con los emperadores de la raza carloviniana, disputaron a los normandos el imperio de los mares. Estos recuerdos, unidos a los ominosos de los tiempos de Felipe V, les hacen obedecer con repugnancia los decretos de una corte a que sólo se consideran sujetos por un derecho de conquista”.²⁴ Existía, pues,

²² Para la tardía edición de les “grans cròniques”, en la versión catalana original, F. GADEA, “Notes sobre la recuperació, valoració i edició dels clàssics durant la Renaixença. Estudi especial de les cròniques”, a Actes del Col·loqui Internacional sobre la Renaixença, II, Barcelona, 1994, pp. 17-32.

²³ Viage literario á las iglesias de España, VI, Valencia 1821, carta 50, p. 233.

²⁴ Panorama español. Crónica contemporánea, IV, Madrid, 1845, p. 71. En la Catalunya Norte, los años del primer imperio, persistía el recuerdo favorable de la libertad tradicional catalana, “le droit de concourir par leurs

un recuerdo, que no significa exactamente conocimiento histórico, que facilitaba reacciones de simpatía o rencor a pesar de sus limitaciones y esquematismos. A partir de este recuerdo difuso, algunos nombres o gestas eran de dominio público, especialmente aquellas que tendían a la magnificación de los tiempos anteriores al decreto de Nueva Planta; de aquí el odio a Felipe V y a sus actuaciones. Más que el conocimiento preciso, era la mitificación del ordenamiento perdido lo que generaba los elogios, al ser recordado como menos oprobioso que el que estaba en vigor.

Esta evanescente conciencia histórica diferencial mitificadora favoreció la aparición futura de referentes utilizados en textos propagandísticos, con los cuales se quería hacer vibrar a los oyentes o lectores con unas referencias que les hiciera sentirse cómplices, como integrantes de una misma sociedad. De la elección de unos u otros personajes o efemérides para motivar a los catalanes ochocentistas, puede deducirse qué sentimiento primaba más, o era más eficaz como elemento identificador, si los de matiz plenamente español (por ser anterior a la unificación dinástica con Castilla o por pura exaltación españolista en el sentido actual de la palabra) o los estrictamente catalanes. ¿Qué referencias son las más reiteradas en Cataluña para motivar sentimientos? ¿Jaime I o el Cid, en la denominada reconquista? ¿Fivaller o Padilla, en el momento de reivindicar un defensor de los privilegios forales? ¿Joan Blancas o Guzmán el Bueno, para retratar el estoico heroísmo del que prefiere sacrificar un hijo antes que pactar con un enemigo de la patria? Como resulta previsible, no hay una sola línea de mitificación y la preponderante tampoco sigue una evolución rectilínea. Los problemas que se plantean para obtener una respuesta correcta son básicamente dos: primero, cuál fue la evolución de coexistencia o predominio de los referentes catalanes con los españoles ajenos a la historia catalana, y, segundo, cuándo

représentations à la confection des lois et à la fixations des Contributions, a des principes républicains et a conservé les idées de liberté et d'indépendance qui formaient le caractère de la Catalogne”, según cita M. BRUNET, *Le Roussillon. Une société contre l'état (1780-1820)*, El Tra-bucaire, Perpinyà, 1990, p. 537.

se popularizan los estrictamente catalanes de forma que, por ejemplo, las hazañas de Jaime I dejen de ser un monopolio de los núcleos eruditos, llegando al conocimiento, aunque fuera etéreo, de un sector amplio.²⁵

Un referente español que consiguió amplia audiencia fue el de Numancia. Ya en 1808 una proclama de la Junta de Vic apelaba a “la gloriosa escena de Numancia” para motivar a la lucha contra los franceses.²⁶ Robreño calificaba de “Numància de Catalunya”, en el subtítulo de una obra de 1822, a la villa de Porrera quemada por los antiliberales. El cabecilla realista Francesc Badals, en una proclama fechada en Talarn el 23 de junio de 1822, recordaba a los catalanes “los memorables numantinos”; en 1826 el cronista oficioso de los vencedores equiparaba al barón de Eroles a un “Cid catalán”, mientras adjetivaba a Costa, el Misses, de “nuevo Viriato”.²⁷ El mito numantino arraigó con fuerza en el liberalismo radical catalán durante la primera guerra carlista. Numancia, Palafox y “la voz de otro Riego” eran los mitos sacados a relucir por Pedro Mata ante las tentativas de reconstruir en algún sentido la Corona de Aragón.²⁸ Si los liberales del Trienio tenían conciencia de una historia diferenciada y hacían su apología²⁹ empujados

²⁵ Hay casos de tradición que no pertenecen a la invención, sino al atavismo. Un ejemplo lo proporciona la abadesa de Vallbona de les Monges, fallecida en 1928, que “contava ab plaher que son major títol de glòria era seguir fent tots als anys els funerals en memòria de Pere III d’Aragó (...) no haventse allí interromput ni un sol cop els rites funeraris establerts feya tants segles per la cancelleria catalana”, E. TODA, *El doctor Josep Ribera y Sans, Castell de Sant Miquel d’Escornalbou*, 1930, p. 36.

²⁶ REMESA, *La guerra*, p. 17

²⁷ J. R. y M., *Memorias*, I, pp. VI, 9 y 149-150.

²⁸ P. MATA, “A la alianza de las tres provincias”, *El Vapor*, 3-IX-1835. Mata no tenía complejos históricos; el poema “A los valientes urbanos de la villa de Reus, con motivo de la bendición de sus banderas. Himno nacional”, firmado con las iniciales P.M., *El Vapor*, 28-VI-1835, empieza, “sangre y muerte en los cántabros montes”, para continuar aludiendo “a Sagunto y su émulo fiero”.

²⁹ Vegeu P. ANGUERA, “Els orígens del catalanisme”, a *Orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*, Centre de Lectura, Reus, 1994, pp. 38-

por la retórica compartida, y de manera especial por la surgida como más original del momento histórico, muy pronto empezaron a dar más protagonismo a los héroes no catalanes, como los Comuneros castellanos. Los Comuneros habían luchado y muerto por las libertades de Castilla, aunque el mismo paralelismo se podía establecer con Casanova o Fivaller, con la limitación de que estos últimos no tenían el plus de dramatismo que otorgaba a los primeros el trágico final. Ya los *Lamentos patrióticos a la muerte de los soldados del batallón primero de Cataluña atrozmente inmolados en 26 de mayo de 1821 por la facción de Merino y sus secuaces*, publicados en Barcelona el mismo año, aprovechaban el hecho de que la acción se había desarrollado “en los campos de Castilla”, para recordar que era “la patria de Padilla”, sin referirse a ningún mito identificable como liberal estrictamente catalán.³⁰

El protagonismo de los Comuneros, que se convirtieron en los héroes liberales por excelencia, tenía otra motivación partidista más interesada, al margen de la castellanización creciente de la política y de la cultura: la identificación de los sublevados contra Carlos V con los miembros de la sociedad homónima, con lo que los cantos a los históricos redundaban a favor del prestigio de los coetáneos en su enfrentamiento con las otras sociedades.

La pérdida de referentes resulta más sintomática en el poema épico de Antoni Puigblanch, que su autor quería el canto del cisne catalán,³¹ dedicado a “Les comunitats de Castella” y no a algún episodio catalán. Puigblanch escribía en el exilio londinense, pero los hombres del interior hacían lo mismo. En *El Europeo*, publicado en Barcelona entre 1823 y 1824, según R. Marrast, “los numantinos, Pelayo, el Cid, los Comuneros, los héroes del romance-ro, de la comedia, así como los guerrilleros de la guerra de la Independencia” eran los referentes mitificados.³² La presencia de

39.

³⁰ Transcrita a MARCO, *Literatura popular en España en los siglos XVIII y XX*, Madrid, 1977, II, p. 559.

³¹ RUBIÓ, *Història de la literatura catalana*, Barcelona, 19.., III, p. 309.

³² R. MARRAST, *José de Espronceda y su tiempo*, Barcelona, 1989, p. 70.

los Comuneros en una revista publicada en Barcelona durante la Década Ominosa demuestra que el arraigo del mito castellano era lo suficientemente potente para imponerse a una situación política adversa. En plena guerra carlista, en 1835, al despedirse de sus lectores, el redactor político de *El Vapor*, se refería a “la patria de los Pelayos, de los Cides y de los Padillas”,³³ y los colaboradores del periódico se sentían en “la patria de Padilla”, defensora tradicional de la libertad³⁴ y a Padilla era dedicada una canción contra los moderados aparecida en Barcelona el diciembre de 1836.³⁵ En 1852, al constituirse en Reus un grupo radical, sus miembros compusieron un himno insistiendo de nuevo: “españoles mostraos ser todos / hijos dignos del grande Padilla”.³⁶ Ejemplos con otros protagonistas alógenos muestran la desnacionalización catalana: en 1833, en las fiestas que Barcelona organizó con motivo de la jura de Isabel como heredera de la Corona, se hizo un simulacro de torneo medieval protagonizado por el Cid,³⁷ y en Tortosa, por las mismas fiestas, una alegoría financiada por el ayuntamiento representaba “los dos Globos, y sobre ellos las armas de Castilla, León y Granada, aludiendo a la unión que de ellas hizo la Reina Doña Isabel la Católica”,³⁸ eludiendo no sólo las cuatro barras catalanas, sino cualquier referencia a Cataluña y en general a la Corona de Aragón.

Lamentablemente es muy poco lo que se conoce de otro aspecto importante y significativo para el conocimiento de la formación del imaginario mítico colectivo: la onomástica urbana. Un primer análisis de la toponimia política urbana realizado por Ramón Amigó es significativo. Ningún hecho histórico ni institución alguna catalana tenía una presencia mínimamente repetida en el

³³ “Advertencia”, *El Vapor*, 6-VIII-1835.

³⁴ *El Vapor*, 25-VIII-1835; id., 30-VIII-1835, según “Un patriota reusense”, que puede identificarse con Pere Soriguera.

³⁵ OLLÉ, II, p. 74.

³⁶ F. TORNÉ, *Los veinte años de inscripción*, Reus, 1990, pp. 134-135.

³⁷ J. RUBIÓ, *Il·lustració i renaixença*, pp. 125-126.

³⁸ *Diario de Barcelona*, 6-VII-1833.

nomenclátor urbano de las principales poblaciones catalanas. Más significativo resulta el número de calles dedicadas a personajes. El nombre más repetido en el periodo 1835-1888 es el de Isabel II, por un elemental motivo de cortesía o de subordinación política, figurando su nombre en diecinueve poblaciones; Prim aparece en dieciocho entre 1840 y 1888; el único personaje medieval homenajeado era Guifré el Pelós, en cuatro poblaciones entre 1865 y 1884. En cambio, los personajes españoles obtenían una representación más brillante: dieciséis calles llevan el nombre de Cervantes entre 1849 y 1884, quince el de Espartero entre 1831 y 1895, nueve el de Riego entre 1821 y 1885, seis el de Padilla entre 1840 y 1888, o cuatro los del Cid entre 1840 y 1865 y Hernán Cortés entre 1840 y 1895.³⁹ Son datos entresacados de una síntesis fragmentaria, pero representativos de la situación: una negligencia absoluta en honrar a catalanes, sobre todo aquellos que estaban faltos de una connotación política inmediata. Lo confirma el hecho que en Reus durante el Sexenio se dedicaran calles a Giuseppe Mazzini, Campomanes, Jovellanos, F. J. Mina (Mina el Joven), Padilla, Pizarro, el general Zurbano, Bolívar, Lincoln, Guillermo Tell y Daniele Manin. Todos, en uno u otro sentido, héroes de la lucha por la libertad. El único catalán que mereció el mismo reconocimiento fue Joan Martell, un antiguo alcalde del partido progresista.⁴⁰ Sólo triunfante la Revolución de Septiembre, un anónimo periodista proponía el cambio de nombre de la calle “del *Conde del Asalto*”, en Barcelona, con la reposición del “que'l poble sempre li ha donat, ço es, *Carrer nou de la Rambla*”, tanto por respeto a la tradición como porque “lo nom aquell es de ben trista memoria per nosaltres los catalans”, desde la guerra de Sucesión.⁴¹

³⁹ R. AMIGÓ, “Qüestió de noms: toponímia i política”, pp. 106-107, dins *La consolidació del món burgés*, Enciclopèdia catalana, 1996.

⁴⁰ R. AMIGÓ, “La influència de la política en la denominació de les vies urbanes reusenques”, a *Miscel·lània d'homenatge a Enric Moreu-Rey, I*, Barcelona, 1988, pp.,19-53.

⁴¹ “Novas”, *Lo Gay Saber*, 17, I-XI-1868.

Por todo ello no resulta extraño que en 1869 F. Ubach i Vinyeta denunciara la monopolización de los signos y personajes castellanos como los únicos referentes españoles. Según Ubach cometían un doble error los que obrando de este modo creían ayudar a construir un auténtico estado unitario, a no ser que lo quisieran exclusivamente unitarista: el desprecio por los referentes no castellanos, esencialmente los catalanes, y el afán de reducir la españolidad a la tradición castellana: “cansats estem ja de veure onejar lo *Pabelló de Castella*, allà ahont lluytan las armas espanyolas, y al parlar de glories nacionals oure fer gala unicament de Pelayo, del Cid y de Guzman” y “escudats en nostre dret d’espanyols”, recordaba cómo “al costat d’en Ferrant lo Sant y de’n Guzman, no desmereixen en res en Jaume lo conquistador y’n Blancas; que, sense l’ajuda del seu marit y’ls catalans y aragonesos que ab ell anaren, potser Isabel I no hauria fet cristiana a Granada”. En definitiva: “Castella may ha sigut mes que una part de la nació, com la seva historia una renglera de capitols estrets de la general” o “si rey d’Espanya es en Ferrant lo Sant, també ho és en Pere’l Gran, que a no serho l’un de cap manera pot serho l’altre”.⁴² Pocos años después una nota anónima iba un poco más lejos. Si antes se denunciaba la falsa identificación de la heráldica castellana con la española, empieza a manifestarse el repudio del escudo español simplificado (leones y castillos) por no incorporar ningún elemento identificador catalán. Comentando la ornamentación del salón donde se habían celebrado los Jocs Florals de 1872 se afirmaba: “una cosa hi hagué en la festa d’enguany que’ns admirá molt: l’escut d’Espanya junt ab altres de torras y lleons distribuïts pel saló. ¿Qué hi tèn que veure açò ab la nostra festa? ¿Perqué tal innovació? ¿Qué’s tractava d’alguna cosa castellana?”.⁴³

Excusándose en la recuperación de los hitos catalanes, ya el 1857 A. de Bofarull, que había predicado con el ejemplo, lamentaba “el ensalzamiento de héroes que no nos pertenecen por quien ignora

⁴² F. UBACH VINYETA, “Tots per tots, ó lo propi per cada hu”, *Lo Gay Saber*, 25, 1-III-1869.

⁴³ “Bons recorts”, *Calendari Catalá*. 1873, pp. 12-13.

la existencia de un Lauria, de un Entenza y de todos cuantos nos dieron gloria en otros días”.⁴⁴ El lamento era doble, por el olvido del propio pasado y, como el mismo Bofarull declararía quince años más tarde, por el desaprovechamiento literario de un sugestivo material. En 1883 en su biografía de Ramon Muntaner sostenía que a partir de la lectura de su crónica “pudieran muy bien componer nuestros vates catalanes un romancero tan rico, más histórico sin duda, y por ello no menos poético, que el del Cid”.⁴⁵

En 1865, Gaietà Vidal reclamaba que el teatro de inspiración histórica, vinculado con la historia catalana, se escribiera en catalán. Para Vidal la historia estaba llena de hechos que permitían su dramatización, y para garantizar su éxito nada resultaba más apropiado que restituir a los personajes históricos la lengua con la cual ellos se habían expresado: “si lo drama historich se vol cultivar, á bon segur que no hi ha historia en la qual mes elevats asunto’s trobian que en la nostra. Quin fecta no farian nostres Jaumes y Berenguers, los Fivallers, los Claris, parlant com efectivament parlaren!”.⁴⁶ Cinco años más tarde el mallorquín Pons i Gallarza recordaba a los asistentes a la fiesta de los Jocs Florals el éxito del teatro histórico, reivindicando de nuevo la necesidad de escribirlo en catalán: “lo drama qui també s’abeura ab regor de les fonts patries, bé veyéu quins tanys ha tret y quina ufana posa. Ja’l nostre poble s’es enllepolit á aplaudir les usances casolanes; per axó sapiau vosaltres destriarli les mes veritables, sens jamay mostrarli la seua imatge travestida ab robes manllevades, y sens enmascarar tan sovint ab lo cartó de la parodia sos efectes mes purs, y ses glories mes lluentes”.⁴⁷ Las palabras finales de Pons iban dirigi-

⁴⁴ A. DE BOFARULL, *La lengua catalana considerada históricamente*, p. 316.

⁴⁵ A. DE BOFARULL, *Ramon Muntaner, guerrero y cronista. Biografía escrita con motivo de la colocación del retrato de tan ilustre personaje en la galería de catalanes ilustres*, Barcelona, 1883, p. 50.

⁴⁶ C. VIDAL VALENCIANO, “Á mon estimat amich Guillem Fortesa, parlantli del renaixement de las lletras catalanas”, *Calendari Catalá*, 1865, p. 77.

⁴⁷ J. L. PONS y GALLARZA, “Discurs”, *Jochs Florals*, 1870, p.34.

das contra las parodias de Pitarra. Es evidente que desde su punto de vista tenía toda la razón, pero al mismo tiempo evidenciaba que la parodia ayudaba a popularizar a los personajes históricos como Jaime I. Consciente de la situación y de la importancia de dotarse de una mítica propia, Josep Fiter i Inglès sacaba a relucir en 1875 la importancia de difundir la historia nacional: “si fem propaganda catalanista, devem educar al poble al calor de nostres doctrines, devem enardir son amor a la pàtria, avuy malauradament esmorteit per causas ben conegudas. Però educarlo d’una manera sòlida, comensant pera ferli conèixer los fets de sos grans avis, perque sabentlos, ‘ls estimarà a n’ells y a la terra, y’l que això estima, estima son nom, sa honra, sa família”. La historia recuperaría “los fets dels Peres y dels Jaumes, dels Fivallers y’ls Moncadas (...). Aquell que no estima en lo que val la memòria dels seus pares, dóna provas d’èsser un mal fill, y’l que no coneix los fets per ells a cap portats, passa per bort”;⁴⁸ de esta manera, a través de la recuperación de los hechos históricos y sus protagonistas, se reconstruía el sentimiento catalán. Pero no cabe la menor duda: siempre se reivindicaba una Cataluña española, aunque libre de las distintas castellanizaciones impuestas.

III. La recuperación de la historia

La voluntad de recuperar la propia historia nace en Cataluña de manera sincronizada con lo que sucede en el conjunto español y en Europa. No hay duda que la primera obra con un sentido moderno fue la de Antonio de Capmany,⁴⁹ quien unía al rigor historiográfico, para el que contaba con la ayuda de diversos eruditos, la voluntad de poner en evidencia las cualidades económicas y de

⁴⁸ “Algunas ideas sobre la necessitat dels estudis històrics posats al alcans del poble”, *La Bandera Catalana*, 23, 19-VI-1875, pp. 180-181.

⁴⁹ Atinadas consideraciones en E. LLUCH, *La Catalunya vençuda del segle XVIII*, Edicions 62, Barcelona, 1996. E. SERRA, “Una aproximació a la historiografia catalana: els precedents”, *Revista de Catalunya*, 26 (1989), pp. 33-34.

iniciativa de los catalanes. Fue un importante precedente que sirvió para sentar las bases de una investigación sólida, bien informada, escrita con una elegancia que facilitara la lectura y sirviera para mostrar a los catalanes y a los lectores en general los momentos de apogeo de un pueblo cuando era una nación soberana.

La de Capmany es una obra cronológica y temáticamente parcial, que contempla sólo unos aspectos concretos durante un periodo determinado. La primera historia general de Cataluña tan sólo se publicó con la generación de los hijos del romanticismo. En 1860 apareció el primer volumen de la *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, de Víctor Balaguer (Michelet había publicado el primero de su historia de Francia en 1830). La diferencia básica entre la mayoría de obras coetáneas o antecedentes con la de Balaguer radica en dos hechos claves y elementales: mientras la mayoría de autores escriben *historia nacional* de una nación-estado, Balaguer se ve obligado a escribir la de una nación sin estado, ni débil ni fuerte, detrás; y, en segundo lugar, se manifiesta la contradicción de escribir una historia reivindicativa, dedicada esencialmente a sus coterráneos, en una lengua que no es la propia del territorio estudiado. La obra de Balaguer recoge los reflujos de los sentimientos románticos hacia el pasado y el afán de los progresistas para democratizar las estructuras del estado, ambos elementos se traducen en la voluntad de aprovechar la historia como arma propagandística. Balaguer era muy consciente de la función social de su obra ante la demanda latente de un producto de sus características y no rehusó describir él mismo sus objetivos políticos e historiográficos. Era una historia, confesaba, “escrita para darla a conocer al pueblo, recordándole los grandes hechos de sus ascendientes en virtud, en patriotismo y armas, y para difundir entre todas las clases el amor al país y la memoria de sus glorias pasadas”; por ello, su único deseo era “y lo digo muy alto (...) ser útil a mi patria”, dedicándole un “monumento” con el que “se eleve para gloria de este país, harto desconocido de los extraños por desgracia y harto poco conocido de los nuestros por mala-ventura”, una situación en proceso de cambio, ya que “de seguro que nunca había existido en Cataluña un anhelo tan vivo por co-

nocer su historia, ni la juventud un deseo más ardiente por saber el pasado de este heroico país”.⁵⁰ Como ha señalado Eva Serra con Balaguer, “els anacronismes històrics, s’instal·laven en la nostra historiografia”,⁵¹ debido a las imbricaciones insoslayables entre su pensamiento y su obra, entre el quehacer político y el historiográfico. Balaguer, acusado a menudo de precursor de la historiografía nacionalista catalana, si cae en algún -ismo es precisamente el español. “España por su posición geográfica señalada y por sus límites patentes parece incontestablemente destinada a contener un pueblo único, reunido en cuerpo de nación”, pero con una salvedad democrática, “un pueblo único, sí, unido, pero confederado” porque “la centralización” equivalía a “la muerte política de España”.⁵² Unidad/confederación, patria única/defensa de la personalidad de los territorios integrantes del Estado, le empujaron a una semántica ambigua, que no fue óbice para obtener el patrocinio editorial del Ayuntamiento de Barcelona.

La segunda historia nacional catalana es la de Antonio de Bofarull, *Historia crítica (civil y eclesiástica) de Cataluña* de 1876, quien pretendía superar el romanticismo literario de Balaguer a través de una erudición positivista, traducida en un estilo árido, pero sin renunciar al carácter reivindicativo.

Bofarull como Balaguer navegaba entre dos patriotismos, el catalán y el español.⁵³ Bofarull quería que Cataluña tuviera su lugar en la historia general de España: “el país llamado Cataluña debe tener su representación en la historia que se llama general de aquella monarquía, y su importancia, bajo este punto de vista, es igual a la que pueda atribuirse cada región o nación de aquellas

⁵⁰ BALAGUER, I, pp. 8-9.

⁵¹ SERRA, p. 38 y, en general, pp. 34-40.

⁵² BALAGUER, I, p. 12.

⁵³ He analizado con detalle este aspecto en P. ANGUERA, “La teoria nacional d’Antoni de Bofarull”, en el volumen colectivo *Sis estudis sobre Antoni de Bofarull*, Edicions del Centre de Lectura, Reus, 1996, pp. 13-39. SERRA, pp. 40-42.

que fueron conocidas en diversos períodos y situaciones”,⁵⁴ con lo que las propuestas políticas subyacentes no se alejaban en la interpretación básica de las formuladas por Balaguer. Para Bofarull también Cataluña era parte integrante e insoluble de España. La euforia romántica, previa a la aparición de las obras de Balaguer y Bofarull, había incitado a F. X. Parcerisa a publicar la serie de los *Recuerdos y bellezas de España* con texto de P. Piferrer en los volúmenes iniciales dedicados a Cataluña. Retórica romántica, acompañada de buena información erudita, empujaron a Piferrer a reivindicar con entusiasmo el pasado medieval catalán, a medio camino entre la literatura y la historia. El entusiasmo por las grandezas medievales catalanas no se limitó al impulso genérico de la obra, sino que a menudo se puede ejemplificar con citas. Piferrer recordaba “las felices épocas de los Raimundos y de los Jaimes”, como los “Consejeros [de Ciento] fueron (...) el sostén de las libertades de su patria, que nunca consintieron fuesen holladas por mano de Rey o por corporación” o el “celo del Parlamento catalán por la conservación de los fueros que habían hecho la felicidad de sus mayores y que con tanta firmeza a principios del siglo pasado debían defender sus descendientes por la vez postrera”.⁵⁵ Piferrer transcribe los documentos escritos en catalán, sin dar la traducción española. Sería útil conocer con detalle el impacto que obtuvieron las obras de Piferrer, Balaguer y Bofarull en la sensibilidad popular, y su difusión real, para poder valorar con exactitud hasta dónde contribuyeron a la difusión de la historia nacional y a su conocimiento, facilitando la incorporación de nuevos nombres al imaginario popular. Especialmente la de Balaguer, por ser la primera historia y por su mayor agilidad narrativa y retórica, con un mayor grado de concesión a los gustos del público al otorgar más credibilidad y espacio a las tradiciones. Ferrán Soldevila, sin dejar de señalar las limitaciones de la obra de Balaguer, confirma las valoraciones positivas que el mismo Balaguer le atribuía el 1885:

⁵⁴ BOFARULL, I, p. II.

⁵⁵ P. PIFERRER, *Recuerdos y bellezas de España. Cataluña, I*, Barcelona, 1839, pp. 10, 14n i 95n.

divulgación de la historia de Cataluña, incitación al amor “a les coses de la terra”, instigación a la investigación, difusión de tradiciones, leyendas y anécdotas “que passaren a ser patrimoni de la joventut literària”, quién las aprovechó en las composiciones floralescas. Y se puede añadir que facilitó temas para los pintores de la moda histórica. Para Soldevila, Balaguer era “l’historiador qui estimà Catalunya i qui va ensenyar a estimar-la a molts catalans”, el iniciador de la “tradició ininterrompuda de preparació històrica, bona o dolenta, exacta o llegendària, que hom troba a les nostres classes populars, i que fa sovint d’un simple salta-taulells o viatjant de comerç un formidable polemista”.⁵⁶

El éxito de Balaguer, dos ediciones y popularidad, no lo obtuvo la historia de Bofarull, con un estilo más riguroso, pero también más árido.⁵⁷ A pesar de todo, según Vicens Vives, la de Bofarull “fou apassionadament llegida i analitzada per juristes i polítics de les noves promocions catalanes”, mientras la de Balaguer “serví per a inspirar la corrua de poetes que aspiraren a l’englantina”,⁵⁸ lo que permite sintetizar una incidencia compensada: Balaguer en los literatos, Bofarull en los eruditos. Ambas afirmaciones parecen ciertas y a partir de la década de los sesenta hubo un relanzamiento de la mítica y la conciencia catalana, a pesar, una vez más, de las múltiples vacilaciones.

⁵⁶ F. SOLDEVILA, “La Història i l’Erudició. El centenari de Víctor Balaguer”, *Revista de Catalunya*, 7 (1925), vol. II, pp. 59-61

⁵⁷ Un buen análisis de las limitaciones estilísticas de la obra en J. GINEBRA, *Antoni de Bofarull i la Renaixença*, Associació d’Estudis Reusencs, Reus, 1988, p. 134.

⁵⁸ J. VICENS VIVES, *Industrials i polítics*, Vicens Vives, Barcelona, 1972, p. 201. F. TUBINO, *Historia del renacimiento literario contemporáneo en Cataluña, Baleares y Valencia*, Madrid, 1880, p. 157, ponía más énfasis en la transmisión literaria: “comparada la indiferencia con que, al comenzar el siglo y antes, miraban los catalanes sus glorias intelectuales, con la afición que por ellas testifican ahora, no se excluirá de los motivos de esta mudanza la publicación de los libros, con tanta oportunidad emprendida por Bergnes y Rivadeneyra”, en referencia a W. Scott y sus émulos locales como López Soler o Cortada.

Faltaba dar el paso decisivo para que la historia nacional, o si se prefiere la síntesis histórica en clave nacionalista, reuniera las dos condiciones que faltaban en los intentos de Balaguer y Bofarull para su eficaz popularización: que estuviera escrita en la lengua del país y que su extensión fuera lo suficientemente reducida, para que, sin dejar de lado una interpretación lógica y precisa, permitiera, la lectura en un tiempo no excesivo. En catalán y en un par de volúmenes apareció la *Història de Catalunya*, de Antoni Aulèstia Pijoan, en 1887. Otras consideraciones marcan una distancia importante entre Aulèstia y Balaguer y Bofarull. Mientras los dos últimos proclamaban su desazón por la escasa consideración de Cataluña en las historias generales de España (para ellos la nación), relegando sus obras a la categoría de historia regional, Aulèstia se planteaba una historia con Cataluña como unidad de análisis. Aulèstia, militante significado y activo de la Unió Catalanista, veía su obra como un elemento didáctico dentro de la recuperación consciente de la personalidad catalana. Era en puridad la primera historia nacional de Cataluña. ■

[Biblioteca Virtual Omegalfa](#)